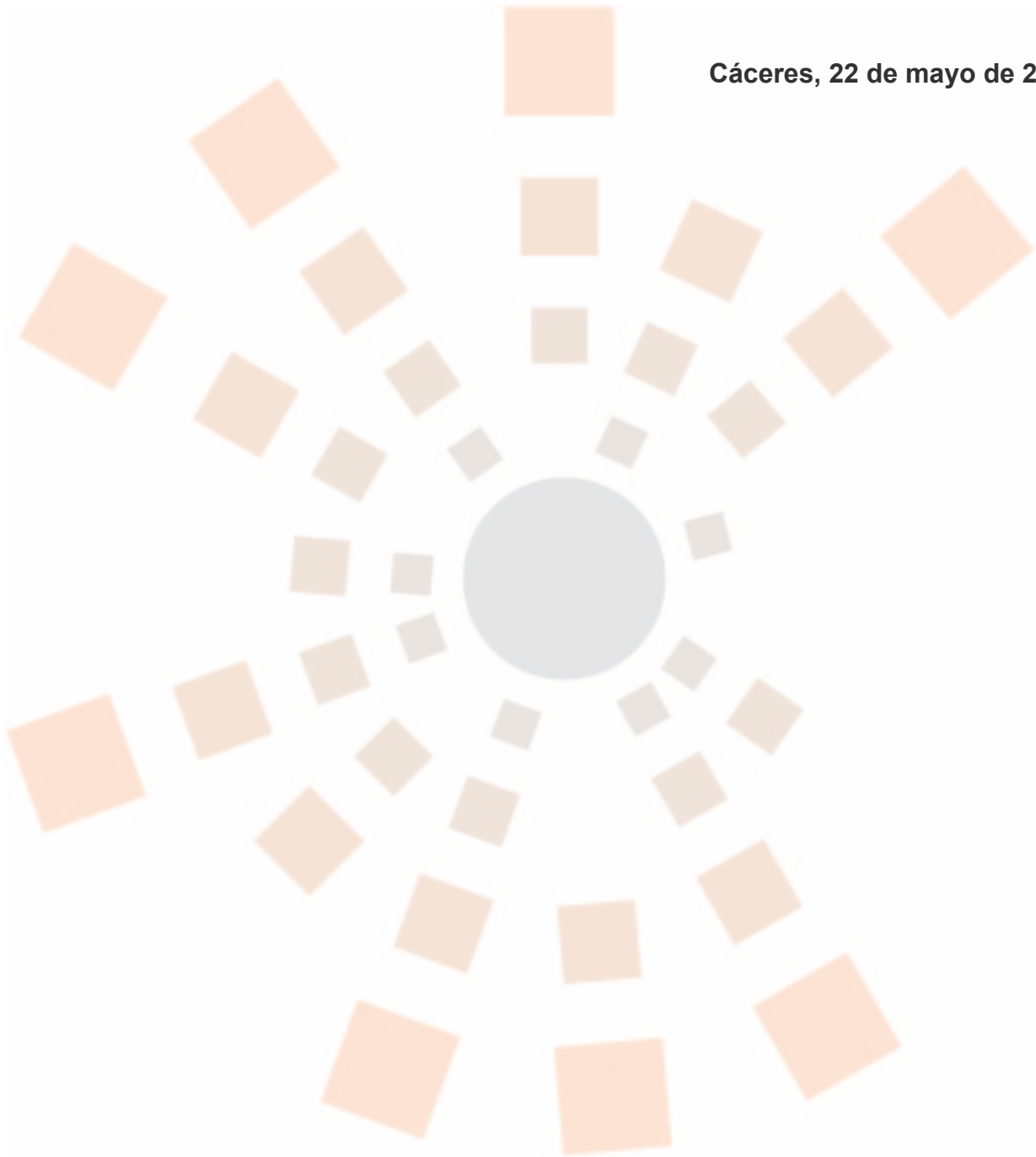


INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN LOS ENCUENTROS “ÁGORA, EL DEBATE PENINSULAR”

Cáceres, 22 de mayo de 2000



INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN LOS ENCUENTROS “ÁGORA, EL DEBATE PENINSULAR”

Cáceres, 22 de mayo de 2000

Ilmo. Sr. Alcalde de Cáceres, Excmo. Sr. Presidente de la Comisión de Coordinación de Alentejo, querido amigo José Ernesto Oliveira, estimado Profesor Morodo, Sr. Presidente de la Comisión I del Comité de las Regiones de Europa, Autoridades, señoras y señores, señores ponentes y conferenciantes. Veo por aquí al señor Sotillos, señor Carcedo y, si me lo permiten, lo significo, lo singularizo en el señor Oteló Saraiva, más que nada por respeto, admiración y recuerdo de aquel día de abril, en el que un joven estudiante español vivía en un Instituto francés, Clémenceu en Nantes, y esa noche ni pudo conciliar el sueño, soltó mucha lágrima, pensando que efectivamente lo que empezaba en Portugal se extendería también a España pasando por Extremadura. No fue así y aquí me ve usted de Presidente de la Junta de Extremadura, pero no me quejo, porque vivo en libertad y vivo en democracia.

Si me lo permite le leeré unos folios, muy breve, porque creo que debo decir algunas cosas que considero, no muy importantes, pero sí que quiero que sean precisas respecto al acto que hoy hacemos y a nuestras relaciones con Portugal.

En Extremadura están sucediendo en estos años muchas cosas que, a veces, pasan desapercibidas para la prensa nacional, y esto no lo digo como una queja sino simplemente como una constatación. Ya no tenemos, como hace algún tiempo, la obsesión por el reconocimiento externo, porque ya nos basta con nuestra propia satisfacción colectiva por el camino que estamos recorriendo y por el camino que hemos recorrido. Y una de las muchas cosas que están pasando en Extremadura tiene que ver con Portugal, y con nuestra novedosa visión de la vieja frontera, de la raya, para utilizar la expresión popular y tradicional.

El carácter fronterizo, a pesar de ser una condición geográfica y política obvia de nuestra región, nunca fue considerado, en el pasado como una de las componentes que vertebran nuestra identidad como pueblo. Para quienes miraban hacia el pasado, la cercana presencia portuguesa no parecía constituirse en un referente sólido para nosotros a este respecto. Se iba mucho más allá, al otro lado del Atlántico, a la visión obsoleta de los conquistadores y los no menos tópicos lazos fraternales con los países iberoamericanos.

Para quienes miraban hacia el futuro, la referencia europea era el ideal más sólido hacia el que dirigir sus miradas. Portugal no entraba en ninguna de esas visiones de lo que era o de lo que debería ser Extremadura.

Y fue precisamente la entrada en el club europeo, y el consecuente descubrimiento de las muchas coincidencias que se daban en nuestras posiciones, lo que nos permitió dejar de estar de espaldas, como hasta entonces, unos –los

portugueses o los españoles- mirando a Madrid, los extremeños mirando a Madrid, y otros –los alentejanos- mirando a Lisboa. Desde ese momento, hace poco más de diez años, la existencia de la frontera y de la realidad portuguesa, comienzan a ser tenidas en cuenta a la hora de definir nuestro modo colectivo de estar en el mundo. No ha sido un camino fácil. Era necesario, no sólo superar un desconocimiento de siglos y una incomunicación cuidadosamente alimentada por los anteriores poderes autocráticos. Era también necesario sortear los nuevos peligros de una relación novedosa y de perfiles poco definidos.

Y en Extremadura partíamos con desventajas respecto de otras regiones españolas. En efecto, por ejemplo, la frontera de Galicia con Portugal había una mayor tradición de contactos entre las poblaciones, facilitada también por una evidente afinidad cultural y una realidad lingüística parecida. El propio tejido empresarial de esa zona norte de Portugal, era más sólido y ello facilitaba el intercambio económico de mayor escala. No era ese nuestro caso. Hace no tantos años, Portugal era, para el común de los extremeños, un lugar cercano al que se iba a hacer algunas compras, de textiles sobre todo, y a comer productos del mar que llegaban con más dificultad a nuestros mercados interiores. Es cierto que existía el comercio de frontera, pero sólo entre poblaciones muy pegadas a la raya; no era algo que penetrara en el resto de nuestro territorio.

Afortunadamente nuestro Estatuto de Autonomía, redactado a principios de los ochenta, todavía en ese clima de mutua indiferencia, tuvo el acierto de anticipar como objetivo de nuestros poderes públicos regionales, las preferentes relaciones con Portugal. Y junto a esa indicación normativa, y en cuanto pudimos salir de la época del agobio que supusieron las políticas públicas en los años ochenta, la Junta mostró una decidida voluntad de avanzar en ese camino que insinúa y mandata nuestro Estatuto. Desde principios de los noventa, la política de relaciones transfronterizas ha formado parte de los programas de gobierno; y debo añadir que siempre ha contado con el respaldo de las fuerzas de la oposición extremeña, que nunca han obstaculizado, antes al contrario, esa parte de nuestra actividad.

Firmamos acuerdos con las administraciones portuguesas de las zonas de la frontera, y pusimos a nuestros aparatos de gobierno a conocerse y trabajar juntos, siempre con el apoyo explícito de la Comisión Europea y de los fondos INTERREG. Pero hemos ido mucho más allá de ese punto y hemos logrado o estamos logrando, que sean las respectivas sociedades las que asuman el protagonismo de este proceso, que supera con mucho las estrechas vías puramente públicas. Y en esa tarea del mutuo conocimiento, nunca me olvido de citar a uno de los agentes más eficaces y empeñados: los medios de comunicación extremeños, sin cuyo concurso este proceso se hubiera demorado bastantes más años. Las administraciones hemos estado en la vanguardia de ese movimiento, al menos en esta primera fase. Y eso era lógico en una sociedad que todavía se desperezaba de un letargo de muchos decenios. Pero en los últimos años, nuestra labor ya es más de acompañamiento de una dinámica social muy extendida y que tiene sus propias formas de expresión. Ahora toman el testigo muchas iniciativas privadas y empresariales que deben protagonizar la próxima etapa.

Hace sólo unos días he tenido oportunidad, en mi entrevista con el Presidente de la Comisión de Alentejo, de anunciar que vamos a caminar hacia la creación de nuevas estructuras más sólidas. Que debemos reformular los protocolos de colaboración de hace ocho años, y dar contenido a “comunidades de trabajo” más

exigentes, en la línea de lo que propugna la propia Comisión Europea. Y en este punto me gustaría hacer una advertencia. A veces se habla con cierto voluntarismo de borrar la frontera, y eso me parece que puede inducir a confusión. Nosotros trabajamos en la frontera porque ésta existe; la existencia de la frontera es una condición básica de nuestra tarea de relaciones con la realidad política, social y cultural portuguesa del otro lado. No queremos acabar con la frontera, sino terminar con los efectos indeseados de esa realidad política. La frontera ya no es una línea que defiende de algo exterior, pero sí una línea que delimita una realidad distinta de la contigua.

Y quiero que esto quede muy claro. Nuestro interés por Portugal deriva de su sólida identidad nacional, de su particular personalidad como pueblo, de su cultura propia e intransferible. Porque es esa diversidad la que enriquece nuestra relación. No pretendemos pues ningún tipo de asimilación o difuminación de las peculiaridades respectivas de una y otra parte de la frontera. Nos gusta lo portugués precisamente por ser distinto, siendo parecido. Porque nos completa, porque nos aporta algo nuevo, porque nos enriquece. Y esperamos que se nos aprecie en la misma medida; que se tenga en cuenta que no formamos parte de esa agresiva invasión económica y cultural que, a veces, en un tono un tanto alarmista, pienso yo, se refleja en los medios de opinión del país vecino. Más bien al contrario, somos nosotros los extremeños, los receptivos, los sujetos de esa “amable invasión” que se refleja por todos los lados en nuestra región. Y nunca una invasión, créanme, fue mejor recibida.

La enseñanza del portugués ha conocido en la región un crecimiento que sólo puede ser calificado de espectacular. Se multiplican las iniciativas en colegios de primaria, en Institutos, en las Escuelas de Idiomas, en los centros privados. Las empresas comienzan a demandar personal que hable portugués, y la Universidad ha creado la licenciatura de portugués. Algunos colectivos profesionales también se forman, desde policías locales a sanitarios, pasando por la hostelería o el comercio. Los medios de comunicación de la región, que siempre han tratado con particular dedicación las noticias del país vecino, avanzan en esa línea, contando ya con corresponsales en Portugal o haciendo programas de radio bilingües. En nuestro Museo de Arte Contemporáneo de Badajoz está posiblemente la mejor colección de arte actual portugués fuera de Portugal. Se multiplican los intercambios escolares. Se hacen publicaciones conjuntas y bilingües y se editan libros sobre la realidad política, social o cultural lusa. Hemos creado hermosos proyectos culturales conjuntos, como la orquesta extremeño-alentejana o los proyectos musicales de fusión de las respectivas tradiciones. La presencia de creadores portugueses es frecuente en nuestros museos, galerías o escenarios. Cuidamos especialmente a los trabajadores portugueses que vienen a compartir nuestras tareas agrícolas. Hacemos ofertas turísticas conjuntas, en combinación con los empresarios de ambos lados. Juntamos a los empresarios para crear nuevas oportunidades de negocio. En fin un sinnúmero de actividades que han ido creando un ambiente social que puede resumirse en una sola frase: “todo lo portugués encuentra una muy cálida acogida entre los extremeños”.

Y hoy damos un paso más con este proyecto Ágora, el Debate Peninsular. Un proyecto que pretende convertir a Extremadura en la bisagra, en la “charneira”, de lo portugués en España. Queremos ser la puerta de entrada de tantas cosas admirables del país vecino en nuestra realidad nacional española. Queremos ser, como ser diría ahora, el “interfaz” de Portugal en España, el lugar por excelencia de

la comunicación entre los dos países. Porque, a pesar de los avances de estos últimos años, todavía se da una excesiva asimetría en el conocimiento mutuo de nuestras dos naciones. Es mucho mayor la presencia española en Portugal que al contrario. No toda la opinión pública española está tan sensibilizada como la extremeña. Y por eso este proyecto tiene una vocación nacional, y no sólo regional. Y para ponerlo en marcha hemos contado, como en tantas otras ocasiones, con las Cajas de Ahorro de la región, siempre en vanguardia de lo que interesa a Extremadura, y con la dirección permanente del Embajador Raúl Morodo, excepcional conocedor de estas dos realidades nacionales y de sus relaciones. Les agradezco en este acto su empeño y su colaboración.

Es cierto que el clima no es ya el de la mutua indiferencia a la que me refería antes, pero en ocasiones siguen sin ponerse sobre la mesa cuestiones que nos afectan a ambas sociedades y que son tratados por los medios de comunicación de ambos países de modo paralelo y distante. Por ello, la percepción de las respectivas opiniones públicas sobre los mismos asuntos, dista de ser comparable y de basarse en las mismas informaciones. Tampoco las opiniones y los puntos de vista fluyen con la reciprocidad que sería de desear. Ágora, el Debate Peninsular, pretende ser ese punto de encuentro periódico en el que se examinen abiertamente, y de forma conjunta esas realidades políticas, económicas o culturales que nos conciernen por igual. Porque el diálogo es la base de la confianza y del respeto a las respectivas y sólidas identidades nacional. Y Extremadura quiere ser, con ÁGORA, la anfitriona de ese encuentro anual de conocimiento mutuo.

Bienvenidos a Extremadura, muchas gracias por su atención y queda inaugurado el Debate.